

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 22 Junio 1916.

Número 25.

Para la Historia ⁽¹⁾

Corrientes de burdel y sacristía
borraron del decoro las nociones,
y escondióse el rubor en los rincones
al brillar la impudencia en pleno día.
Fueron honra y conciencia mercancía,
negociantes llamóse á los ladrones,
astros dió el lupanar á los salones,
columnas al poder la mancebía.
Expuestos en infame baratillo,
timbres y honores encontró el dinero,
siempre al alcance del rufián y el pillo.
Medraron el histrión y el baratero,
lucieron la coleta y el cerquillo,
y á América marchóse el jornalero. —1885

José Nakens

(1) Del libro CIEN SONETOS

Lo que anuncié en el número anterior se ha confirmado. El joven periodista Santos Muñoz ha muerto en la cárcel de Barcelona.

He aquí cómo da cuenta de todo lo ocurrido *El Progreso*:

Muerte de Santos Muñoz

PERIODISTA ASESINADO EN LA CÁRCEL

La primera víctima de la ley de Jurisdicciones es un periodista castellano y españolista—De la muerte de Santos Muñoz son responsables Ledesma, Ródenas, el médico Blanco y Eusebio Corominas—El digno presidente de la Audiencia debe exigir responsabilidades.

En nuestro número de ayer publicamos un artículo titulado «Periodista que se muere en la cárcel», y, efectivamente, poco después de publicada nuestra nueva advertencia en favor de un compañero moribundo, llega á nosotros la nueva fatal: Santos Muñoz ha fallecido en la enfermería de la Cárcel Modelo.

Se han cumplido, pues, nuestros tristes vaticinios.

El primer periodista que ha fallecido

en la cárcel, víctima de la ley de Jurisdicciones es Santos Muñoz, castellano y españolista.

Mientras los que con sus del tos de leña patria dieron lugar á la promulgación de esa ley funesta en tiempos del Sr. Moret pueden manifestar de una manera más ó menos encubierta sus aspiraciones separatistas escapando á las mallas del Código, un joven periodista, todo vehemencia y entusiasmo por los ideales progresivos, un escritor castellano cae en una cárcel barcelonesa, en una cárcel de la capital de Cataluña.

¡Oh, sarcasmo de nuestras leyes y de nuestros políticos!

Ayer por vez primera apelábamos á la nobleza de los sentimientos del digno capitán general de esta región, Sr. Alfau, para que con la concesión de la libertad provisional salvara de una muerte segura á un joven periodista de veinte años, pero no ha podido acudir en socorro de ese delincuente de la pluma, y seguramente que el Sr. Alfau será el primero en lamentarse de lo ocurrido.

Y ahora, musitemos la oración del odio contra los causantes de esa desgracia.

No tendremos frases bastantes ni adecuadas al crimen que se ha cometido en la Bastilla barcelonesa; no sabremos traducir en palabras y á la medida de nuestro deseo la maldición que sale del fondo de nuestra alma para confundir á los malvados carceleros que impunemente han asesinado con todo el refinamiento de un inquisidor á Santos Muñoz.

Ya Ledesma, ese hombre cruel que en calidad de director interino hizo lo que pudo para amargar el encarcelamiento de los cuatro periodistas últimamente encarcelados, puede estar satisfecho.

Ya tiene un hombre muerto á sus pies; ya podrá pisotear todas las noches antes de recogerse en su cubil el cadáver de un periodista republicano.

Ya tiene el rostro salpicado de sangre humana; ya puede ofrendar este sacrificio á su Dios; ya podrá dormir soñando con haber arrancado la existencia á un incrédulo, á un periodista de veinte años que pudo ser un ateo implacable.

Ledesma tiene odio y venganza jurados contra todos los que caigan bajo sus garras, y al ser jubilado el último director de la Modelo, D. Enrique Bellé, durante su interinidad, aprovechó la ocasión para saciar sus instintos feroces.

Y al ingresar en la cárcel Santos Muñoz, le tuvo enterrado Ledesma en una celda común, á pesar de constarle que se trataba de un periodista detenido por delito de opinión.

Hombre de constitución débil, pero sano de cuerpo, en la celda germinó la dolencia que procuró exarcebar arteralmente el carcelero Ledesma, negándole los auxilios médicos y la alimentación necesaria.

A fuerza de muchas gestiones, logróse el traslado de Santos Muñoz al departamento de políticos, donde ese genio del mal colocó una doble verja provista de espesa red metálica.

Pero Santos Muñoz, ya estaba herido de muerte, y de poco valieron los pocos cuidados que le prodigaban sus compañeros de ergástula, los periodistas Fernando Pintado, Luis Capdevila y Mateo Santos.

Los vómitos de sangre eran un triste presagio para Santos Muñoz, pero ni Ledesma, ni el médico de la cárcel señor Blanco ó su sustituto, adoptaron resolución alguna encaminada á curar al enfermo.

Cuando Santos Muñoz fué trasladado á la enfermería de la cárcel, era ya cadáver, no había salvación para él, y seguro ya Ledesma de la muerte del joven periodista, completó su obra encargando al cura y á las monjas que atormentaran los últimos instantes del librepensador con augurios de ultratumba, con amenazas apolíticas, con promesas celestiales.

Esta violación de la conciencia de un hombre libre ha sido tolerada y patrocinada por el mismo verdugo de Santos Muñoz, seguro de que la visión macabra de estos cuerpos que con ansia loca aguar-

daban la carnaza del moribundo, precipitaban los acontecimientos, robando unas horas de vida á nuestro desventurado amigo.

Y bien puede considerarse un crimen la muerte de Santos Muñoz.

De este crimen son responsables, en primer término Ledesma, por cuanto llevamos dicho, y el médico de la cárcel, que no dispensó al enfermo los auxilios de la ciencia en tiempo oportuno.

Es responsable Ceferino Ródenas, actual director de la cárcel, porque á pesar de nuestras excitaciones ha tolerado las iniquidades de Ledesma, dejándose humillar por un inferior, tal vez por el odio que le une al otro contra los periodistas republicanos.

Es responsable D. Eusebio Corominas, presidente de la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona, por haberse negado á realizar gestión alguna en favor de los periodistas presos, entre los cuales figuraba el infortunado Santos Muñoz, haciéndose el sordo á los requerimientos de *El Progreso* y á los cartas de Fernando Pintado.

Es responsable también la Junta de Prisiones, en la que figuran el catedrático de Medicina legal doctor Valentí Vivó, y el seráfico Ramón Albó, que se las da de hombre humanitario y justiciero.

Todos estos han contribuido á la muerte de Santos Muñoz y han de sentir sobre su conciencia el peso de la responsabilidad contraída.

Para Ledesma, el médico Blanco y Ceferino Ródenas pedimos la intervención del presidente de la Audiencia con el fin de que haga justicia.

Tenemos al Sr. Catalá por hombre recto y justiciero, y esperamos que por la memoria de nuestro querido compañero recogerá nuestras reiteradas denuncias, para castigar á los malos funcionarios.

Sin perjuicio del oportuno expediente se impone la inmediata suspensión en sus respectivos empleos de Ródenas, Ledesma y del doctor Blanco.

Esperamos con verdadera y justa ansiedad la resolución del dignísimo presidente de la Audiencia, D. José Catalá,

Los periódicos de anoche, como seguramente los de la mañana de hoy, dedicaron á la muerte de Santos Muñoz una nota necrológica, que á nosotros se nos antoja lágrimas de cocodrilo.

Nada más cierto que esa grave falta de solidaridad periodística; un día y otro día hemos denunciado desde nuestras humildes columnas el caso Santos Muñoz, como denunciábamos la colocación de la doble verja y la espesa malla en el departamento de políticos contra los otros tres periodistas encarcelados, de los cuales sólo queda uno, Fernando Pintado, y ni un sólo periódico, excepto el órgano de las Sociedades obreras, recogió nuestras protestas y lamentaciones.

¡A buena hora los elogios al compañero fallecido en una cárcel por desidia de todos!

En cuanto á D. Eusebio Corominas, presidente de la Asociación de la Prensa diaria de Barcelona, poco hemos de agregar á lo dicho con respecto á su lamentable é inexplicable conducta, porque la hemos censurado ya, aunque inútilmente varias veces.

Como dicen muy bien algunos diarios

de anoche, D. Eusebio Corominas ha dispuesto que los gastos del entierro de Santos Muñoz corran de cuenta de la Asociación, pero conste que este acto no ha sido obra espontánea del Sr. Corominas. Emiliano Iglesias le mandó una carta indicándole la conveniencia de costear el entierro del malogrado periodista, y el Sr. Corominas, haciendo un esfuerzo, acepta la proposición que dignifica á la Asociación de la Prensa, cuando menos, ya que no puede dignificar la de su presidente ni la del resto de los individuos de la Junta directiva, también sordos á nuestros lamentos y cómplices del proceder inhumano del Sr. Corominas. Y así se da el peregrino caso de que quien nada quiso hacer en vida de Santos Muñoz, se allana á enterrarle.

Ese criterio inadmisible debía ser motivo más que suficiente para dimitir á la Junta directiva de la Asociación de la Prensa, algunos de cuyos individuos ya presentaron la dimisión por otros motivos menos poderosos.

La Asociación de la Prensa diaria no puede hacerse responsable de la conducta de sus representantes y es seguro que oportunamente evidenciará el innoble proceder de éstos.

Lo ocurrido en la cárcel de Barcelona no me extraña.

Todo escritor es mal mirado en cárceles y presidios. El temor á que divulgue lo abusivo ó lo inmoral que en ellos vea, hace que se le mire desde luego con prevención. Y sin duda por esto se le merma en las cárceles, siempre que es posible, los derechos que por reglamento le corresponden. Y se ha dado muchas veces el caso de que á los periodistas, si por distracción no consigna el juzgado en la orden de prisión que ha sido procesado por delito de imprenta, se les encierra en celda común, aunque al director le conste la causa por qué va preso. ¡Hay que cumplir rigurosamente el Reglamento, en este punto al menos! Admiramos á los inflexibles en el cumplimiento del deber.

Me permito rogar á la Asociación de la Prensa de Madrid que intervenga en este asunto.

Si por conservar la vida de los periodistas les proporciona médicos y medicinas, ¿va á consentir sin protestar y sin pedir justicia que la pierdan en la cárcel por la crueldad de un director y la impericia ó el descuido de un médico?

No lo creo, y menos estando al frente de la Asociación de la Prensa Miguel Moya.

Intrusión intolerable

Leo en *El Universo* del día 8 del corriente que el Nuncio de S. S. «ha dirigido una carta á todos los metropolitanos, alabando la iniciativa del señor arzobispo de Zaragoza, presidente de la Junta de la «Buena Prensa», al ordenar que en todas las iglesias de su diócesis se haga una colecta mensual á favor de la prensa católica». Recomienda además que este ejemplo sea imitado, y llama la atención sobre tres puntos relacionados con la forma de hacer la recaudación.

Nunca me ocupé del actual Nuncio,

y eso que oí y leí varias veces algo que caía bajo mi jurisdicción. Por ejemplo:

Que si al llegar á Madrid se gastó, es decir, nos hizo gastar á los españoles una porción de miles de duros en obras de gran lujo en el palacio que ocupa, sin duda para demostrar que representaba dignamente al que no tuvo ni una piedra donde reclinár su cabeza.

Que si descubrió en las oficinas de la Nunciatura una enormidad de gazapos, y dejó quietos en sus destinos á los autores.

Que si se mezcla en nuestros asuntos políticos y en nuestras luchas de partido, como lo demostró hace poco laborando en unión del arzobispo Guisasola, para que Vázquez Mella se presentara candidato por Oviedo.

Que si tiene vacantes dos puestos de auditor en el Tribunal de la Rota hace unos tres años, siendo su deber proveerlos en cuanto vacan.

Que si por este motivo tiene que llamar clérigos canonistas que actúen de jueces auditores, sin serlo, habiendo quien duda si son legales las sentencias de tribunales de que forma parte un extraño.

Y los que así piensan, preguntan también.

¿Puede el Nuncio designar esos jueces? ¿No tiene la Rota carácter de Tribunal Supremo de la nación á efectos civiles como los del divorcio, y por lo tanto su constitución, debe revestir toda la regularidad necesaria? Y esa regularidad, ¿no consiste en que los auditores sean propuestos á Roma por el ministerio de Estado y con noticia de él se posesionen?

Y continúan preguntando:

¿Por qué los Gobiernos, tanto conservadores como liberales, conociendo esa inaudita irregularidad, la consienten? ¿Por qué se tolera ese desprecio al Estado y á la Corona misma? ¿Por qué no tocan este asunto en el Congreso los diputados republicanos, ó siquiera los melquiadistas, ó algún liberal relativamente amante de la soberanía de la nación?

Claro que á mí todo esto de Nunciatura, Rota, Nuncio, me tiene perfectamente sin cuidado, y que me alegraría que viniese una revolución: cita medio decente á barrerlo cuanto antes; mas esto no quita para que, mientras desgraciadamente tengamos que soportarlo y pagarlo, creá que por dignidad nacional no debemos tolerar tan enormes abusos.

Como se deducirá de todo lo dicho, no estoy tan completamente ignorante de lo que pasa en la Nunciatura, que no hubiese podido echar mi cuarto á espadas siempre que de ello se habló, mas no quise. Allá que los católicos se descuernen mutuamente.

¿Que por qué hablo ahora? Porque se ha metido el Nuncio en el campo de la Prensa, donde tengo una pequeña parcela, y estoy en el deber de

protestar y rogar á todo periódico que de liberal se precie, que le haga entender al Nuncio que no tiene, ni debe tener, ni le consentiremos que tome vela en este entierro.

A menos que no llegue á tal punto ya nuestro miedo al clericalismo, que ni nos atrevamos á decirle al Nuncio aquello de «zapatero, á tus zapatos», cuando él se olvide de los deberes de abstención absoluta en los asuntos políticos, que su cargo le impone.

Ayudándose mutuamente

Es rito lo anterior, se me ocurre pensar, ó que los periódicos de la Buena Prensa deben de andar á la cuarta pregunta, á pesar del apoyo que les presta el gremio beato, ó que sus propietarios y accionistas se están enriqueciendo á la sordina, y para disimularlo hacen ver que no sacan ni para pagar los repartidores. ¡Porque mire usted que tiene gracia esto de pedir ya en las iglesias limosna para ellos!

A este paso, va á llegar día en que se pida en los templos católicos dinero para atender á las necesidades profanas de los que en ellos intervienen. Al lado del cepillo para las del culto, figurará otro en que se pida «para poner medias suelas á los zapatos de un presbítero indigente», ó «para comprar un suspensorio al sacristán mayor.»

Cuando el ansia del dinero se apodera de un individuo ó de una institución, no se detiene ni ante dificultades, ni ante miramientos, ni ante profanaciones.

Porque ¿cuál profanación mayor, que la de ver á un sacristán recorriendo la iglesia con una arquilla, pidiendo *para las ánimas benditas*, al lado de otro que pida *para la Buena Prensa*, esa prensa desvergonzada, procaz, difamadora y calumniadora, redactada en su mayoría por religiosos sin fe, vividores sin conciencia, é hipócritas redomados?

Por lo demás, reconozco que hay cierta equidad en lo de pedir dinero en los templos para esa Prensa, ya que ella se dedica á fanatizar mentecatos que sueltan en ellos la mosca.

Con lo que sigo no estando conforme, es con que el Nuncio se mezcle en estos fregados.

Fuera de los Estrados

Excmo. Sr. D. Juan Morlesin
Conde de Xiquena, 9, Madrid

Distinguido señor mío: Al dirigirme S. E. personalmente en la vista del recurso, en la forma que el cronista del *Heraldo* llama «poco piadoso», no podía ignorar que por la ley yo me hallaba allí convertido en estatua: que mi personalidad jurídica y defensiva, la poseía mi ilustre letrado; y que á él, que era yo, y no á mí que solo era mi estatua, debían dirigirse las preguntas, reproches ó interpelaciones. S. E. me preguntó; mas sabía que no podía responder, ni quería que respondiese allí, pues en caso de quererlo, antes de formularme las

preguntas me habría recabado del Tribunal, permiso para responderlas.

Pero, pues fuera locura el preguntar á una estatua, he de suponer que S. E. me formuló las preguntas allí, donde estaba mudo, para que las respondiese al recobrar la palabra, que recobré al salir de la Sala, y que la ley me concede en este lugar, desde el cual puedo dirigirme, si preciso fuera, al propio soberano.

Y si allá habría sido ilegal é irreverente hacia el Tribunal responder, acá sería irreverente hacia mi mismo callar, y por esto, digo:

Que el público, no supo interpretar las palabras de V. E., cuyo verdadero sentido voy á descubrir.

De mis hijos dijo S. E.: «ya sabemos en España qué adjetivo llevan». El público malicioso recibió esta especie como «poco piadosa», y es un error.

Cabalmente de S. E., defensor del Concilio de Trento, sabe que todos los hijos de Adán llevan un título: *hijos del pecado*. Ya sean hijos de santos ó de soberanos, de Papas ó de Césares. «Hijos del pecado...» «esclavos de Satanás», «polvo y podre»... los míos ¡y los otros! todos. Y el que dijere lo contrario habla por boca del propio Satán. ¿Quién echará á los míos la primera piedra?

Pero, si «hijos son de pecado», y en pecado fueron concebidos ¡como todos!..., por obra de la Redención, son «hijos de Dios» y «hermanos y herederos de Cristo». ¡También los míos... con derecho que no podrán usurparles los poderes todos de la tierra ni del Averno.

Ya ve, pues: según el Concilio de Trento que S. E. proclama, mis hijos llevan el mejor de los títulos: «Hijos de Dios, imagen suya...» y además son tres ángeles de la tierra, puestos á la veneración y custodia de las autoridades por esta sentencia de Jeremías, ley del reino: «toma este niño y guárdalo; que si pereciere, irá tu alma por la suya, y Yo (Dios) reclamaré de tus manos su sangre».

¿Cómo, pues, iba á ofender ni por asomo, á esos seres privilegiados, un funcionario del Estado, en ocasión solemne, en la cual de palabra y de obra se estaba demostrando que el Concilio de Trento es ley del reino? ¿Cómo poder imaginar que incurriera en falta á sus normas, el ministro que exigía su ejecución?

* *

Esto en cuanto á mis hijos. En cuanto á mi esposa... «por darle algún nombre», dijo S. E. Y está muy bien dicho, y yo celebro la oportunidad y justicia de este título, por no haber otro mejor.

«Esposa—se dirá cualquiera—se llama cualquiera casada en cualquiera aldea en cualquiera forma, clandestina ó pública». Pero mi esposa, lo es por virtud de un matrimo-

nio intervenido por Papas, Reyes, Ministros, Embajadores, Cardenales, Cónsules y Obispos; tan recio que no han logrado deshacerlo *por ahora* (escribo el 7 de Junio) los tribunales en cinco años de labor. Matrimonio tan discutido y debatido, es un matrimonio singular. Quizás no haya otro igual en España. Y pues es singular, singular ha de ser su título, y singular título el de la esposa. No hay título para ella. En reconocimiento de esta verdad, *El País* hace el favor de decir ella: «dama más digna y más honrada (parodiando á Echegaray) que la madre del mal caballero que se arroja ruin, villano y canalla á ofenderla». Y por ser esto así, yo afirmo, que S. E. no tuvo ánimo malévolo en aquella su frase; sino que ha de interpretarse en sentido benévolo. «Esposa... no; eso lo es cualquiera fregona estropajosa. No hay título para ella.»

¿Ofenderla, agraviarla?... ¿Y allí, en una solemnidad nacional, donde la etiqueta impone la mayor compostura, corrección y cortesía?... ¿Allí donde la ofensa no podría ser rechazada?... ¡No, no es posible! Ni en hipótesis. Yo rechazo, como ofensiva para la misma solemnidad, tal intención malévola, erróneamente supuesta.

* *

Dicho esto con respecto á mi esposa y á mis hijos, cuyas ofensas, si las hubiera habido, corregiría debidamente el Tribunal que fuese de ellas testigo; voy á poner dos notas á las que S. E. dió en su breve y sustancioso discurso.

Dijo S. E. que el Concilio de Trento prohibía *el matrimonio civil á los ordenados*, y esto es error y completamente herético. El Concilio no reconoce valor alguno al matrimonio civil. Le tiene sin cuidado. No es un *sacrilegio*, sino un simple *pecado*. Por esto la Demanda y sentencias recurridas, basadas en aquella idea, son radicalmente heréticas, siendo de extrañar que el Diocesano no aperciba á sus autores el error en que están si proceden por ignorancia, ó con la excomunión en que incurren si se hacen pertinaces en él.

Si esta noticia llegase á tiempo de que S. E. pudiera borrar en el Tribunal, la impresión que tal error pudiese causar en la sentencia, ruegole lo rectifique, para evitar que los canonistas extranjeros formen pequeñísimo juicio de la erudición de los funcionarios de la nación católica. Con ello defenderá al Concilio de Trento y servirá á la Patria.

* *

Su Excelencia, hizo además una entusiasta defensa del celibato, «racional, justo y sensato»; declarando únicas «verdaderas y buenas costumbres» las practicadas en España comúnmente...

Yo esperaba los razonamientos de

tales afirmaciones, y aun esperaba ver aducidos algunos testimonios de Sixto IV, de Alejandro VI, de Julio II, de Inocencio VIII, de Clemente VII, de Paulo III y de Pío IV, y de sus respectivos hijos é hijas, cardenales y abadesas: los testimonios de nuestros insignes Pedro de Castilla, obispo de Palencia, del cardenal Mendoza, de Toledo; de Alfonso de Aragón, de Zaragoza, y de sus ilustres descendientes y herederos, duques, archiduques, beatos, venerables y santos.

No hubo tales pruebas. En cambio me hube de acordar de una escena habida pocos días antes. Un respetable sacerdote llamó á la puerta de mi casa. Temblaba casi... tartamudeaba... era persona visible... no sabía de quién aconsejarse... Una señora, esposa de nadie «doncella, aunque parida», según decía la Inquisición, llevada á casa de unos amigos, había abortado con sorpresa de todos... No sabía que hacer... Sudaba de angustia... La muchacha... la familia... el destino... las licencias... la miseria... el ridículo... Los fantasmas todos del celibato ante el niño muerto.

Me pidió consejo. Se lo di. No pasó nada...

Según costumbre.

¿Buena ó mala? ¿Verdadera ó falsa? ¿Racional ó irracional? ¿Justa ó injusta? ¿Sensata ó insensata?

Va en gustos. Los «españoles... que merezcan tal nombre» dicen que eso es lo divino y santo. Los demás dicen que esto es perversidad.

San Pablo decía que Satanás era el autor de la ley que prohíbe el casamiento. El Concilio de Trento dice que Dios fué el instituidor del matrimonio. Y en un capítulo, maldice á los Estados y tribunales que ponen trabas á la libertad de los contrayentes.

Ruégole, Excmo. Sr., me dé por descargado del deber que S. E. me impuso con sus preguntas al dirigirme á mí, en aquella solemnidad en que suele hablarse al Tribunal y no al público.

Y acepte mi perpetuo agradecimiento, pues estoy íntimamente convencido de que si estuvo soberbio mi letrado en la defensa del recurso, no pudo hallar réplica mejor para sellar lo irrefragable de sus razonamientos.

No esperaba yo tal suerte.

Tuve contra mi causa la misma «razón» que tuvo Cristo contra la suya. El «crucifical» del pueblo fanático.

Dios, dador de todo bien, sea bendito. En El y en su Justicia y rectitud, vivamos todos, temerosos de su enojo y guardándonos los respetos debidos. Es lo que desea á S. E. su s.,

S. PEY ORDEIX

MISTICO NEGRO

Hay en la iglesia de San Luis varias imágenes de Cristo, que no se distinguen por lo milagrosas tanto como una que me dicen que está, (pues yo no la he visto, como puede suponerse), en una de las capillas de la derecha.

Nunca he entendido esto de que una imagen de cualquier santo ó santa, sea más milagrosa que otra de la misma santa ó santo, si bien debo declarar que este asunto no me ha quitado jamás el sueño.

Pero vamos á lo ocurrido.

La dicha capilla se ve muy frecuentada por gentes que van á lo suyo con la mayor compostura, y que rezan en voz muy baja; á intervalos interrumpe el silencio el chasquido del beso (*chupendo* en flamenco) que algún creyente da en los pies del Cristo, sin cuidarse de que hay úlceras sifilíticas en el mundo, ni alientos fétidos, ni bocas letrinescas.

Hace pocos días, á eso de las doce, estaba un católico, negro de piel, postrado fervorosamente ante el Cristo, cuando de pronto comienza á pedirle á gritos que lo saque de la negra situación económica que atravesaba, empleando frases entre guachindangas y litúrgicas.

Después, dirigiéndose á la Dolorosa y haciendo gestos y genuflexiones que recordaban los movimientos del tango, exclamaba: «¡Ven, ven á mis brazos, niña María, ven!»

Se escandalizaron las beatas al oír esto, y á fe que no me le explico. Si hubieran leído nuestros místicos, sabrían que este era su lenguaje usual; Santa Teresa sobre todo.

Aquí lo malo es, que parece que al místico color sotana no le inspiraba aquellos arrebatos devotos el espíritu religioso, sino el de vino que en el cuerpo llevaba.

Pero esta no es razón para escandalizarnos. ¡Vaya usted á saber lo que encontraríamos dentro de cada beato, si nos fuera dado penetrar en sus intenciones!

Por consiguiente, aceptemos como producto legítimo de fe religiosa, un poquito exagerado, el escándalo dado por ese negrito, y pidamos al cielo que nos dé la suficiente fuerza de voluntad para resistir, si por desgracia nos acometiera algún día, la tentación de entrar en sitios donde se dan á lo mejor espectáculos tan poco edificantes.

Cortesano perfecto

¡Lo que podía haber hecho ese Junoy en favor de la República, si se declara monárquico hace años! A golpes de incensario hubiera ya acabado con el Rey.

Porque ríanse ustedes de todos los perfectos cortesanos que en el mundo han sido, comparados con este genio de la adulación. No le supera ninguno de aquellos que al preguntar el rey Pipino en la opereta *Barba Azul*, qué hora era, contestaban encorbandando el monárquico espinazo:—«La que vuestra majestad disponga.»

Como la mujer que se prostituye ya talludita trata de cobrarse los atrasos traginando de día y de noche, él, Junoy, no da descanso á la lengua y á la pluma ponderando lo que ve en el Rey y lo que piensa del Rey.

¡Qué fobia de realeza la de ese *exhermano* de Lerroux! Me alegro no hallar-

me cerca de él, no fuese que le diera por morder en mi convicción para que le ayudara á degradarse.

De haber muchos republicanos atacados de ese furor real, sería cosa de ir pensando en crear un manicomio especial para los aduladores furiosos.

Son terribles.

ELOGIO INESPERADO

Nunca fué santo de mi devoción el Sr. Labra, y allá por 1892, en que un corresponsal telegrafió desde Bilbao á *El Imparcial* que en un banquete me había aludido en forma poco diplomática, le di una arremetida brutal. Desde entonces apenas si lo he nombrado. Verdad es que él no ha dado motivo ni para censurarle ni para aplaudirle. Se ha mezclado poco en la política activa.

Y doy estas explicaciones, para que se aprecie mejor el elogio que de Labra voy á hacer ahora.

Hace pocos días y á insinuaciones que se le hicieron en el Senado para que se declarase monárquico, contestó que moriría republicano.

Esta contestación merece ser aplaudida, por varias razones:

1.^a Porque habiendo sido Labra monárquico antes de 1873, no hubiera extrañado tanto el que reingresase en la Monarquía, como esos Alvarez, esos Junoy, esos Salvatella y demás saltarines que debutaron políticamente de republicanos.

2.^a Porque, declarado monárquico, hubiera llegado más pronto á ministro que esos otros, por su edad, su historia, y sus conocimientos especiales en ciertas materias.

Y 3.^a Porque no habiendo tomado apenas parte en la propaganda del republicanismo hace bastantes años, no podía echársele en cara que había embaucado hasta última hora á las masas para arrastrarlas á la Monarquía como cualquier Melquiades.

Otro mérito hay que apuntar á Labra; el de que, habiendo hablado varias veces con el Rey por cumplir deberes de cortesía en los puestos científicos ó profesionales que ha ocupado, ni se ha creído en la obligación de variar de convicciones por esto, ni ha salido tampoco tocando tan desafortadamente la trompeta del elogio, que haya hecho sospechar si traspasaba la frontera de la justicia para correr desbocado por el campo de la adulación cortesana, como cualquier Azcárate ó cualquier Junoy.

Y creo que con lo dicho dejo suficientemente explicado el fundamento de mi elogio á Labra, santo que no fué nunca de mi devoción. Pero ¡ay! hemos alcanzado unos tiempos tan prolíficos en rebajamientos y degradaciones, que hay que ensalzar á todo aquel que cumple con el sencillo deber de respetarse á sí mismo.

Una promesa y una esperanza.



«No envainaremos nunca la espada, que no hemos desenvainado a la ligera, hasta que Bélgica recobre por completo todo, y más que todo, lo que ha sacrificado». (Mr. Asquith en El Guildhall, noviembre 9 de 1914.)

(Reamackers.)

Con, de, en, por... mi matrimonio

La versión eclesiástica

El Universo, generalmente correcto cuanto lo tolera el furor de su vulgo, y siempre cauto en el provocar cuestiones, ha encabezado su fondo del día 16 con este epígrafe: «*La pertinacia del Sr. Pey Ordeix y la conversión del Sr. Ferrándiz.*»

Funda mi «pertinacia» en el suceso de mi matrimonio, de cuyo Recurso, él sabrá con cual fundamento y autoridad, dice «que el Tribunal Supremo ha fallado en contra ó está á punto de fallar.» Si yo lo supiera del modo más cierto, me lo callara, no fuese que Sol y Ortega resucitase para decirnos: *lo que yo decía...*

La historia que hace del asunto, es cierta en lo que dice: es falsa en lo que calla. Comienza el *Credo* por el «Poncio Pilatos» y así resulta que el crucificado fué éste y no Cristo. De igual modo, es la ley del Estado la que padeció durante años y años mis necias burlas de bullanguero (*El Universo* usa palabras menos duras), y no fui yo quien padeció los escarnios del Estado y de sus empleados. ¡El Estado, cornudo y apaleado!...

Sobre esta parte, si *El Universo* goza de la libertad exterior é interior que yo poseo en mis escritos, espero nos dé el buen ejemplo de rectificar la falsedad de los hechos ciertos relatados, ciertos en su expresión material, y falsos en el fondo de lo omitido. Dígame, pues, que á semejanza de los Tribunales y de la Demanda, hace arrancar la cuestión á partir de la celebración del matrimonio, esto es, al «Poncio Pilatos»; y con ello, dicho queda que el Padre Estado y la Madre Iglesia fueron burlados, chasqueados y escarnecidos por aquella celebración, por la inscripción en el Registro civil y, sobre todo, por el alarde ó jactancia que hice de ello, publicando el folleto *Proceso y fin del celibato en España*.

Y muy enterado de los autos y de sus alrededores, así como nos anticipa el fallo del Tribunal Supremo que ningún mortal debe conocer hasta su publicación, nos dice también algo que no consta en autos; es á saber, que aquella jactancia actuó como denuncia que obligó á los Tribunales á proceder; bien que los tribunales nada decían y nada habrían dicho al parecer, á no haber mediado la Real orden del ministro, la cual fué, y no la inscripción ni la jactancia ni el acto mismo, la aducida en autos como promotora del litigio. Y con ello viene á decir que, sin aquella jactancia, el matrimonio habría podido pasar inadvertido, según pasaron los de otros muchos de las circunstancias del mío, que subsisten por ahí gozando de una benévola tolerancia y de una semi-clandestinidad.

Por esto *El Universo* atribuye á hipocondria y humor atrabiliar esta jactancia temeraria, á falta de circunspección y conocimiento de las leyes la creencia de la indisolubilidad del matrimonio y la vana pretensión de *humillar con ello á la Iglesia y á los católicos españoles*, indicación preciosa para buscar los orígenes invisibles del litigio visible.

A esto replico, que si me casé según lo hice, por impulso firme de la conciencia en reclamar un derecho individual imprescriptible, también publiqué el hecho por imperativo de la conciencia cívica y social, por no considerarme dueño de retener en secreto un hecho de naturaleza exclusivamente social y cuyo único valor es la ejemplaridad ó el escarmiento llamados escándalo así el uno como el otro, en sentido contrario, por las contrarias opiniones.

Este deber ciertamente es enojoso, más de lo que imagina el colega.

Estando condenado por el Destino á ser escritor público y de oposición á las corrientes predominantes, vi desde luego que, ó había de aceptar el extrañamiento perpetuo de España y de Austria, cosa que no me place, ó había de exponerme á mendigar de los poderes públicos la tolerancia de mi familia como limosna discrecional de los gobernantes, ó con estipulación que me habría atado de pies y manos.

Y antes de ser casado clandestino y pordiosero, preferí correr el albur, no de un pleito que entiendo haber sido gran error político y judicial, sino del expediente natural señalado por el camino de las leyes.

¿Me equivoqué yo? ¿Se equivocó el ministro? Políticamente hablando, el tiempo lo dirá, pues, si el Tribunal Supremo falla según dice *El Universo*, puede no quedar terminado el asunto, y pasar á otras esferas.

De pronto, la sentencia y los comentarios aun del propio *Universo*, sirven de pregón á todos los interesados, advirtiéndoles los escollos que deben salvar, y esto es ya un gran servicio público.

Hasta aquí, las sentencias inferiores, incurriendo por cierto en flagrante renuncio de herejía contra el Concilio de Trento, dan á entender que el Estado español pierde toda autoridad sobre estos matrimonios, cuando los contrayentes dejan la nacionalidad. La brecha al celibato queda, pues, desde ahora establecida por la autoridad de los tribunales.

Jurídicamente hablando estoy en plena posesión de la realidad. Si el fallo del Estado declara nulo mi matrimonio, el fallo de la conciencia universal declara nulo el fallo del Estado.

Entre ambos fallos, sé bien que Sancho Panza y Pilatos, optarán por el del Estado, que es el que ensalza ó aplasta, clava las cruces en el pecho ó clava los pechos en la cruz; Quijote dirá lo contrario y de acuerdo con él Cristo, que dijo al Universo mundo é inmundo: *una sola cosa os es necesaria...*

Por mi parte confieso que me atrae y seduce el criterio de Sancho, que dice: busquemos el pan... y al postre hablaremos de la justicia. Mas, por suerte ó desgracia, yo he de extraer de esa misma justicia mi pan, y así la tentación es baldía. Tengo que vivir, pues, entre manteamientos y á los pies de los caballos; hecho *pedra de escándalo* continuo y irremisible... ¡¡como Cristo!!; amigos de *El Universo*, como Cristo, cuyas doctrinas y actos, si fuesen sometidos al Código penal español y á los cánones concordados... ¡no hay que pensar lo que le ocurriría!

No prestara atención á *El Universo* si no le supusiera dotado de buena fe dentro de la falta de independencia propia del periodista católico.

Para restituírsela en parte, si es posible recobrarla, yo le ruego medite las doctrinas sustentadas por él y por las sentencias, y vea si en el duelo que dice haber mediado aquí, están las partes litigantes en el lugar debido.

Someta sobre todo sus doctrinas al fallo de los sacerdotes lectores suyos, si tienen amas, y al de sus amas si tienen hijos, y al de sus hijos, si es que los conocen y ellos conocen sus padres. Y si estos no se conocieran, y aquellas no tuviesen tales hijos y ellos no tuviesen tales amas... ¡consúltelos también! Su voto, de ser sincero podría ser elocuente; tanto más elocuente, cuanto más canónica sea su conducta.

El colega habrá visto que en el pleito de mi matrimonio, se ha debatido realmente el problema entre el concubinato y el matrimonio. El fallo, en parte expreso y en parte tácito, es este: el concubinato clandestino es el matrimonio forzoso del clero, sostenido vergonzantemente por las leyes.

De este concubinato son víctimas los cónyuges y los hijos. Hasta qué punto, el *Gato de Huesca* lo dirá.

¿Ha triunfado aun hoy el celibato en España? Yo no lo creo todavía: antes creo que sólo la entrada en litigio implicaba su derrota, tanto mayor cuanto mayor sea su triunfo judicial. Y creo que sale derrotada España con su legalidad y con su justicia, provocadas á un alarde de impudor que no han sabido resistir. Mi matrimonio era bastante inocente: la sentencia será virulenta. Y de esto, tiempo al tiempo.

Quédame por agradecer al piadoso colega su súplica final.

Quiera Dios concedernos—dice—la gracia de congratularnos también, como de la del Sr. Ferrándiz, en día no lejano, de la conversión del señor Pey Ordeix.»

¡Quiera Dios... lo que quieren los amigos de *El Universo*?... Si ellos creen que esa conversión sería un bien para mí, gracias por la buena intención y deseo.

Si creen que sería el peor de los males... ¡gracias, también! Sólo les advierto lo rara que sería mi conversión. Ella había de ir precedida de doble parricidio, que si un día Dios lo quiere y ordena, como se lo ordenó á Abraham, corregirá su orden antes de que se consume, como allá lo hizo.

Por esto entiendo que Dios no me convertirá... contra El. No significa esto que algún día no me convierta el Diablo. ¡Tales diabluras se ven en el mundo, que ya nadie puede decir «de este agua no beberé»...

Pero... amigos de *El Universo*: si algún día me viereis en el templo decir misa, y si Dios no me vuelve antes idiota ó loco, os lo digo sinceramente: creería que el vino del cáliz, en vez de convertirse en sangre de Cristo, se convertiría en sangre de mis hijos.

Si algún día véis esto —que no os lo niego—de aquí para entonces os pido que no me ultrajéis con parabienes: antes bien... considerad mi dolor y mi ignominia; el horror espiritual de aquellos tragos amargos... y decid... «¡realmente Satanás es poderoso, y débil todo hombre...» Tenedme lástima... Vuestras risas me parecerían demoniacas.

S. PEY ORDEIX

Cine clerical

Fresa de Aranjuez

—¿Ha visto usted qué desgracia, Doña Micaela?

—¿Cuál?

—La de la pobre señora Eduvigis: no se puede entrar en aquella casa; aquello es un campo de *Agravante*. ¡Ay! Y qué poco dura la alegría en esta vida.

—Hija, no sé nada... Ayer la vi en la plaza; y no noté nada de particular.

—¿Iba sola?

—Sola.

—Es claro, la pobre Emilia no se atreve á salir á la calle... No sé en qué parará esto... Todo depende de lo que el chico decida... ¡Fíese usted de las aguas mansas! Y parecía un San Luis Gonzaga...

—Si no habla usted más claro, no nos entenderemos... Ea, desembuche usted.

—Pero, hija, si lo sabe todo Madrid.

—Pues yo no lo sé.

—Pronto está dicho. Ya sabe usted que la señora Eduvigis tiene una hija...

—Sí, la Emilia; estoy harta de conocerla.

—Y que también tiene un tío canónigo en la magistral de Alcalá.

—Eso no lo sabía.

—Pues bien: su tío el canónigo tiene otro sobrino que estudia para cura, estaba en el seminario de Toledo, cogió unas tercianas, se repuso algo, y donde lo llevamos, donde no lo llevamos, pues ¡zas! lo zamparon en casa de la Eduvigis para que allí pasara la *convalecencia*. Cuando yo vi aquel mozallón, con aquellos ojazos, y con aquellos colores que la fiebre no se había podido comer, y le vi aquellas espaldas, y unas muñecas como un roble, me dije: «Tú no has nacido para cura.» Y como una no tiene nada de tonta, observé que el seminarista se comía á la Emilia con los ojos, y que le buscaba el pie por debajo de la mesa.

—¡Qué atrocidad! Pero, ¿y la madre?

—Hija, con una manta de Palencia en los ojos. Además, como el chico traía cuartos frescos, y no es tacaño, y la señá Eduvigis es algo laminera, pues todos los días estaban de jolgorio. ¡Se daban cada atracón de fresa!

—Pues vaya un modo de cuidar al chico.

—Es que él decía que en Suiza, se cura la gente con fresa. En fin; voy á lo que voy: que así pasaron algunas semanas, hasta que una noche la señá Eduvigis oyó risas y cuchicheos en el cuarto de su hija, se levanta de puntillas, llega á la puerta de la alcoba, y se queda helada al ver el cuadro... En fin, ya puede usted pensar...

—Vamos, sí; estaban *comiendo fresa*.

—¡Justo! ¡Qué picarona es usted!

—La pobre mujer los puso verdes; la chica lloró, el mozallón se quedó tan fresco... Se mandó un parte al tío canónigo, éste ordenó que el chico se pusiera en camino, digo *chico*, pero ya tiene veintidós años, y la Emilia se quedó como atontada. Después se ha sabido que la *fresa*, se la habían comido ya varias noches, y que se le ha indigestado á la chica de tal modo que aquello no tiene espera...

—Acabará en la Vicaría.

—Por el seminarista, sí, pero el tío no quiere, y como tiene muchos cuartos, se teme que haga lo que él quiere. La pobre Eduvigis está que se la puede ahogar con un vello... Es claro, ¿quién había de pensar esto con un joven consagrado á Dios?

—Cualquiera, señora; dos jóvenes llenos de vida, juntos á todas horas y con una madre tan papanatas como esa, á la fuerza había de resultar esto. Menos mal si se casan...

—Le digo á usted que ya ha traído cola la cosa...

FRAY GERUNDIO

Homenaje á una mujer ilustre

En un rincón de la costa astur, sola, olvidada de casi todos los españoles, vive una ilustre anciana, honra de las letras españolas. Allá la han llevado las persecuciones de los reaccionarios que ni aun en la ancianidad la dejan en paz, y allí vive lamentando la indiferencia, abyección y cobardía de los compatriotas nuestros que no sienten en los presentes tiempos otro ideal sino el de la consagración del torero ó la bailarina del día. ¿Sabéis cómo se llama esa anciana? Rosario de Acuña. Después de consagrar toda su vida á la ciencia, al trabajo y á la difusión de las ideas liberales; después de haber sido cantada y admirada en su juventud por los primeros poetas y escritores del pasado siglo; después de haber obtenido ruidosos triunfos como autora dramática; después de haber sido reconocido su genio por las naciones extranjeras que han traducido y propagado sus obras, Rosario de Acuña, abandonada de todos, ha visto alzarse frente á ella en Covadonga al último brote de la Inquisición española hecho carne en la fusión de las derechas. Y ha visto que estos hombres liberales de hoy, volterianos sólo en el chiste, que no en las obras, se han cruzado de brazos ante la procaz amenaza de Covadonga y han dejado obrar sin protesta á los representantes de los procedimientos políticos de Torquemada y Arbués.

¿Recordáis á Rosalía de Castro? Todavía hace poco la ha ensalzado un académico en un discurso de recepción; pero lo que se oculta es que la ilustre poetisa gallega se veía obligada á trabajar sin descanso para mantener á una numerosa familia, lo cual demuestra que el Estado español jamás se cuida de asegurar la vida á las personas ilustres; se oculta también, que en torno de ella se hizo el vacío cuando publicó su colección de poesías titulada *En las orillas del Sar*, que constituyen una innovación en la *gaya ciencia*. Es que en nuestro país se siente en general desprecio hacia la mujer; cuando ésta es sabia el desprecio se trueca en envidia y odio. Si nuestras lumbreras literarias, que en cuanto á feminismo conservan todavía el resabio bíblico de la maldición paradisíaca, tuvieran verdadera mentalidad, no hubieran cerrado á cal y canto á Emilia Pardo Bazán las puertas de la Academia. Aunque yo no participo de las ideas filosóficas de esta señora, reconozco que vale mucho más que algunos académicos, y que su entrada en la Academia sería, como hace dos ó tres años dijo Dicenta no sé dónde, una perturbación saludable para las letras. La Academia es símbolo de la vejez y á ella van los que comienzan á chochar; su significación es por eso mismo clerical y opuesta á las innovaciones. Son académicos los que en Covadonga han pactado la unión de todas las ideas viejas.

Como respuesta viril al acto de Covadonga, hay que ir á Gijón en cruzada liberal, á rendir homenaje de cariño á la ilustre viejecita, de corazón juvenil, que se llama Rosario de Acuña. A esa cruzada han de prestar su calor los jóvenes que en Bilbao rindieron tributo al libe-

ral Galdós, y en ella deben figurar todos los maestros de la literatura contemporánea, todos los que hayan arrojado fuera de su pecho el ideal de Pedro el Ermitaño, todos los que verdaderamente anhelan el resurgir de nuestra desgraciada España por la ciencia y la bondad, no por la conquista y la invasión guerrera.

Aguantar día por día asechanzas y maquinaciones de las gentes fanáticas y ver que las quejas se pierden en el vacío, tiene que ser dolorosísimo para una persona que ha puesto su ciencia y su trabajo al servicio de su nación con la perseverancia que lo ha hecho Rosario de Acuña. Merece esta mujer el homenaje, no sólo por sus cualidades literarias y periodísticas de primer orden, sino como mujer de ciencia, porque Rosario de Acuña es naturalista y cultivadora de la ciencia avícola. Quien haya leído las obras suyas que tratan de estas materias, admirará la constancia y energía que ha puesto en su amor a la ciencia y en el deseo de propagar en España la avicultura, que puede ser para nosotros fuente inagotable de prosperidades. Sus conciudadanos han pagado mal tanto sacrificio, y hoy, ya anciana, se ha refugiado en Gijón viendo cómo se despeña en el abismo la menos previsora de las naciones europeas.

Castrovido, Sánchez Díaz, Araquistáin y otros, deben soportar sobre sus hombros la preparación y cauce del homenaje, que les honrará sobremanera. Hay que hacerlo por dignidad.

VOLNEY CONDE-PELAYO

Coquetería frailuna

El fraile tiene para la vía pública el arte de Frégoli. Si la calle huele á revolución, vístese de paisano, cubre el cerquillo con peluca y adórnase con lindas barbas postizas.

¡Quién diría que aquel caballero aparente lleva dentro al reverendo fraile!

Si no huele á chamusquina, pero sabe que el barrio no cree en sus votos de pobreza, humildad y castidad, disimula el hábito y vístese de clérigo, como un simple misacantano inofensivo.

Si cree que el público ha de serle respetuoso y que tiene alguna admiración por el fraile, este va enseñando la oreja, ó sea la faja, si es jesuita; el borde blanco de la sotana por debajo del capóte, si es dominico. Y aún se observa que lo esconden ó enseñan con hábil disimulo, según que las gentes con quienes se cruzan tienen aire pecato ó libertino.

A todos los frailes están dando siete y raya en este coqueteo unos mozos que parecen ser corazonistas.

Tiempo atrás, andaban con el gabán negro abotonado hasta los pies y con la señora teja, asemejando á esos currucas desventurados y saltatumbas, que trotan de parróquia en parróquia en busca de funerales y entierros á guisa de mozos de cuerda

destinados al servicio del primero que los llame.

Casi daban lástima los indinos.

Mustios de rostro, mal pergeñados, un tanto raídos y andando como forasteros, no recibían un saludo, iban cabizbajos y cariacontecidos.

Pasó algún tiempo y fueron desabrochándose. Del gabán y por abajo.

Primero un botón, luego dos, luego tres... La sotana blanca asomando por debajo del gabán negro, daba la impresión de la enagua femenina. ¡Chasco que se llevaron algunos viejos-verdes, atraídos por la apariencia de la enagua tentadora!... ¡Estímulo incendiario de los invertidos!

Pasó más tiempo.

La coquetería debía producir sus buenos efectos.

El gabán siguió desabrochándose.

Al presente, los frailecicos esos coquetean con todo primor.

En el barrio concurrido, llevan cerrados dos ó tres botones de arriba, dejando ver á lo largo con el meneo del paso, el abaniquero de las caídas del negro gabán sobre el fondo de la blanca y provativa sotana.

En los barrios aristocráticos y poco concurridos es el acabóse. Suéltanse todos los broches y aparecen en el pecho de la blanca sotana en colores dorados, carmesí y carmín los corazones llameantes, que atraen la vista como lentejuelas de saltimbanqui.

Las mocitas devotas, encantadas ante el personaje escénico. ¡Qué monada de corazones!...

Y ellos... ¡qué ojillos ponen los picaruelos! Qué sonrisilla de satisfacción asoma á sus bocazas expresamente contraídas para tomar aire angelical!...

—¡Qué guapetones! - dicen las mamás.

—¡Qué lindos! - dicen las chicas.

—¡Qué barbianes! - dice el estudiante universitario.

—¡Qué lástima de azadones en huelga! - dice el obrero.

¿Qué diría Jesucristo?

R. MAYOL

Sobre corresponsales

En confirmación de lo que dije poco há sobre el proceder de ciertos corresponsales, ahí va una nueva prueba.

Me pregunta un individuo del Tomelloso si se sigue publicando EL MOTIN, pues desde el mes de Noviembre último no lo ven por allí; y que al ser interrogado el corresponsal, Alonso A. Ramos Arias, respondió que yo me había retraído de publicarlo, por veinte mil duros que me habían dado los clericales.

A lo cual contesto, que EL MOTIN sigue publicándose, y que si no se le envía al que lo llevaba, es porque á última hora dió en la gracia de no pagar.

Sirva esto de aviso y enseñanza á todos los compradores de EL MOTIN. Y

cuando vean que deja de ir á algún punto, crean que es por una de estas dos causas: ó por que se queda con los cuartos el corresponsal, como ese Ramos del Tomelloso, ó por que los clericales le compran los números que se le envían para que no los exhiba.

EL MOTIN no dejará de publicarse mientras el soberano Señor de Cielos y Tierra me conserve la vida, ó yo me vuelva tan imbécil como los que afirman que tres es uno, y uno es tres.

ATROCIDADES

Se me envía copia de una carta que un joven que está en Méjico ha escrito á su padre, que reside en Salamanca:

«La revolución mexicana, como le tengo dicho, mi querido padre, fué obra de la reacción, pero puede decirse que Carranza, más sagaz que otros, dió en el quid y la está ahogando en su propia sangre.

Aquí en Mérida (Yucatán) he presenciado la quema de todos los santos, santas, vírgenes, cruces y cristos de más de 70 iglesias; en una palabra, la quemazón de todo lo que oliera á santo, y lo he presenciado en las mismas calles y á las puertas de las iglesias.

Actualmente ya son las iglesias escuelas. La famosa catedral, limpia ya de todo vestigio del clero, va á ser museo.

El palacio episcopal lo están reformando á toda prisa para que sea Ateneo Peninsular. Un convento lo están reformando para hacer escuela moderna de artes domésticas.

En las Haciendas, que como usted sabe, se encuentran muchos matrimonios y sus hijos no pueden recibir instrucción, ha ordenado Carranza y su Gobierno que en la hacienda que llegue ó pasen de tres matrimonios que el dueño establezca una escuela, y así todo por el estilo.

Buena falta hacía un Carranza en Europa y particularmente en España, llena de toreros, curas y frailes.

Y no copio más, indignado conmigo mismo, por no sentirme horrorizado al leer atrocidades tan simpáticas.

Libros en venta

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Historia de la prostitución

en España y América

QUINCE pesetas en rústica

Historia del partido republicano español

(De sus tribunos, héroes y mártires)

VENTE pesetas en rústica

Quedan poquísimos ejemplares. Para los suscriptores de EL MOTIN 25 por 100 de rebaja.

Para recibirlas francas de porte, y certificadas, añadir 50 céntimos.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID